

Equipamiento natural y cultura: Clifford Geertz y la integración biología-antropología

Natural equipment and culture: Clifford Geertz and the integration of anthropology-biology

Juan Jesús Velasco Orozco
Facultad de Antropología, UAEMéx
jjvelasco@uaemex.mx

Resumen:

El artículo es una reflexión acerca del impacto de la lectura del ensayo “El impacto del concepto de cultura en el concepto de hombre” del libro *La interpretación de las culturas* de 1973 cuyo autor es Clifford Geertz. Se destacan dos cuestiones, una sobre la naturaleza humana y su caracterización biológica y la otra, su relación con la naturaleza de la cultura que integra biología y antropología. Ambas son interpretadas a la luz de nuestra formación y práctica antropológica en la Universidad Autónoma del Estado de México.

Concluimos que incorporar la dimensión biológica en el fenómeno de la cultura es relevante y necesario para entender al ser humano en el mundo contemporáneo.

Palabras clave: naturaleza, cultura, Clifford Geertz, Antropología, Biología

Abstract:

This article is a reflection on the impact of reading the essay "The Impact of the Concept of Culture on the Concept of Man" from the 1973 book *The Interpretation of Cultures* by Clifford Geertz. Two main issues are highlighted: human nature and its biological characterization, and its relationship with the nature of culture, which integrates biology and anthropology. Both are interpreted in light of our anthropological training and practice at the Universidad Autónoma del Estado de México. We conclude that incorporating the biological dimension into the phenomenon of culture is relevant and necessary for understanding the human being in the contemporary world.

Key words: Nature, culture, Clifford Geertz, Anthropology, Biology.

Introducción

A cien años del nacimiento de Clifford James Geertz, acaecido el 23 de agosto de 1926, la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma del Estado de México ha organizado el pasado mes de abril, entre otras cosas, un evento conmemorativo en el que se invitó a la comunidad académica a presentar algún trabajo oral y escrito acerca de cómo el pensamiento de aquel autor ha influido en nuestro ejercicio docente, científico, técnico y profesional.

En ese sentido, pensamos de inmediato en un capítulo del libro publicado en 1973 *La interpretación de las culturas* titulado “El impacto del concepto de cultura en el concepto de hombre”, ensayo del que tuvimos la oportunidad de leer por primera vez en el año de 2003 (primera edición en español), precisamente cuando nos encontrábamos incursionando en el mundo de la educación y de la escuela, construyendo una mirada antropológica para su abordaje, tanto para la docencia como para la investigación y su divulgación en ámbitos no antropológicos.

El propósito de este artículo es compartir lo que esa lectura nos aportó en ese momento coyuntural. Aporte que sistematizamos en dos aspectos, importantes por sí mismos y, que al integrarlos proporcionan una amplia perspectiva antropológica, estos son: 1) el equipamiento natural del ser humano (como le llamaba Geertz) y 2) la cultura como respuesta recursiva a ese equipamiento.

Con ello, hemos trabajado en la conformación de una concepción de la naturaleza humana que amalgama lo biológico y lo cultural por un lado y, de una antropología de la educación por otro. Se trata de una invitación a considerar una perspectiva antropológica que no sólo se mantiene vigente, sino que resulta imprescindible para el estudio del mundo virtual contemporáneo en el que la pregunta ¿qué nos hace humanos? sigue siendo de vital relevancia.

1. Equipamiento natural ¿Hay una naturaleza humana?

Al leer a Geertz argumentando que una definición ser humano que pone el acento no tanto en los caracteres empíricamente comunes de su conducta a través del tiempo y de un lugar a otro, como sobre los mecanismos por cuya acción la amplitud y la indeterminación de sus facultades inherentes quedan reducidas a la estrechez y al carácter específico de sus realizaciones efectivas. (Geertz, 2003, p.52)

En primer lugar, nos hace reflexionar en un asunto del que, hasta entonces, no habíamos reparado tanto en nuestra formación en antropología social en la licenciatura como explicitado en los propios planes de estudios hasta entonces. ¿Qué es y quién es el ser humano? pregunta, que junto a ¿qué es la cultura? representaban, y creemos que siguen representando, la base ontológica de la antropología (y por supuesto de otros ámbitos como la filosofía), que, paradójicamente, son de las interrogantes a las que menos habíamos dedicado un estudio sistemático y concreto, dándolas por sentado y manteniéndolas en el sentido común.

En consecuencia, esta cuestión que nos mantenía en una ambigua identidad propia y hacia los demás, incluso, como en nuestro caso, frente a personas educadoras, pedagogas y psicólogas de la educación, respecto a lo que un antropólogo es y estudia.

En segundo lugar, una vez que nos percatamos de que ese es un asunto central que habría que atender, nos damos cuenta de que para acometerlo habría que pensar en las facultades (capacidades, cualidades, características) inherentes al ser. Lo que nos llevaba a voltear la mirada a lo que es dado a los humanos como especie, a su naturaleza y con ello, a la biología. Y es que nos habían dicho que todo lo que tuviera que ver con lo biológico se asociaba a determinismo y por consiguiente a racismo, cuestión que lo tenía fuera del radar antropológico desde por lo menos los años 20 del siglo XX.

En tercer lugar, Geertz nos decía que “sus facultades” además, tenían una peculiaridad, que chocaba con el sentido común de corte newtoniano-cartesiano (con el que nos habíamos formado) a saber: que no era una sola facultad o pocas facultades (“amplitud”) y que, además, son y están indeterminadas; al respecto seguimos leyendo:

- Uno de los hechos más significativos que nos caracterizan podría ser en definitiva el de que todos comenzamos con un equipamiento natural para vivir un millar de clases de vida, pero en última instancia sólo acabamos viviendo una. (Geertz, 2003, p.52).
-

Eso de “equipamiento natural”, no lo interpretamos con el genoma, el ADN, la herencia, el fenotipo, la fisiología humana, más bien en lo que él llama “facultades”, es decir, hay en la naturaleza, biológica, ciertas capacidades con las que partimos al nacer todos los seres humanos. De cualquier forma, esa idea ha resonado fuertemente en nuestra concepción de los seres humanos, donde habíamos estado considerando como antropólogos solamente su diversidad (cultural), la forma particular en la que uno es humano.

Sin embargo, esa afirmación generalizante (universal), nos ha invitado a considerar seriamente dos cuestiones; la primera, que hay algo que llama “equipamiento natural” y que nos remite de inmediato a la igualdad de lo humano; y la segunda, el pensar la unidad del ser humano como especie. Que tengamos algo que nos iguala y que nos une, independientemente de las especificidades sexuales, religiosas, políticas, económicas, de género, o de cualquier otra índole ha sido muy importante para vivir en este mundo diverso e interconectado.

Lo anterior, ha contribuido a pensar lo biológico de lo humano y, por supuesto, lo biológico de la cultura.

Una vez más, destacando que en la formación antropológica a nivel licenciatura a fines del siglo XX y principios del XXI en México, la consideración del equipamiento natural ha sido prescrito e incluso mal visto; no se diga hoy en día, cuando el uso de la palabra normalización o normalizado ha vuelto a traer la polémica restrictiva al lenguaje y, con ello, a la misma convivencia humana.

Al final de la cita anterior, el autor nos deja ver que esas facultades son latentes, posibilitan más no determinan lo que acabará siendo lo humano desde el punto de vista del proceso humanizador, que no hominización. Esta posibilidad es tanto abierta como limitada a una sola opción, por un lado, y por otro, que los humanos como especie somos unos seres a los que no les es dada la vida que tienen que vivir, sino que habrá de construirla, crearla o configurarla. Como se podrán imaginar, estas dos cuestiones abren una discusión frente a la cosmovisión (paradigma) que sostiene como premisa la determinación (certeza) y la teleología (destino, finalidad) humana. Y continua Geertz afirmando en ese sentido lo siguiente:

- En el caso del hombre, lo que le está dado innatamente son facultades de respuesta en extremo generales que, si bien hacen posible mayor plasticidad, mayor complejidad y, en las dispersas ocasiones en que todo funciona como debería, mayor efectividad de conducta, están mucho menos precisamente reguladas. (Geertz, 2003, p.52)

El autor inicia haciendo referencia a lo innato frente a lo adquirido de los seres humanos. En esta cuestión particular, nos pareció que volver a incluirla en el aula de formación de antropólogos y en general, de cualquier ciencia social, es muy importante, porque resentíamos y aún lo hacemos, el que no esté presente como problema científico que merece tomarse tiempo para su reflexión crítica. Hoy en día identificar, distinguir ¿qué es dado? y ¿qué es aprendido? mantiene su relevancia, incluso su urgencia.

Pero avancemos en lo que nos invitó a reflexionar esa cita concreta. Aparecen dos implicaciones ontológicas de lo humano a partir de la generalidad (apertura, indeterminación) de esas facultades, la plasticidad y la complejidad. En efecto, la plasticidad propia de un ser abierto (se dirá al mundo) tiene inherentemente una capacidad contingente, es decir, de posibilidad enorme. Con ello, la visión simplista y reduccionista del ser humano y sus creaciones queda cuestionada, porque la complejidad que trae consigo el posibilismo humano es de tener en cuenta.

Cierra la cita con unas palabras igualmente potentes para nuestra reflexión, y que lógicamente trae consigo esa apertura, plasticidad y complejidad, nos referimos a la incertidumbre “...en las dispersas ocasiones en que todo funciona...”.

Eso de que las regulaciones que diseñan e implementan los seres humanos no siempre o casi siempre no resultan como se espera, nos parece relevante porque podemos leer que una condición humana, propia de su naturaleza, es la incertidumbre.

Pero hay más, continuando con la lectura nos encontramos con otra afirmación ontológica de lo humano:

De entre los tres progresos de importancia capital de nuestra comprensión de lo que solía llamarse la ascendencia del hombre: el surgimiento del *homo sapiens* al destacarse de su fondo general de primate, el que advierte que el hombre es, desde el punto de vista físico, un animal incompleto, un animal inconcluso... (Geertz, 2003, p.53).

Resaltamos las dos adjetivaciones finales de la anterior cita, “incompleto” e “inconcluso”, porque nos parecieron relevantes en la reflexión de las preguntas acerca de quién es un ser humano, de qué nos hace humanos, que nos planteábamos al inicio del siglo XXI y que siguen siendo pertinentes al día de hoy. Pues bien, pensar o saber que los seres humanos en tanto especie, *Homo sapiens*, después de nacer aún deben completarse o concluirse, nos plantea una condición muy peculiar y compleja, porque nos lleva a sostener siguiendo a Paulo Freire (1970), que el ser humano es un ser de búsqueda, una búsqueda que nunca termina.

Lo anterior nos cuestiona sobre las consecuencias de aceptar tal fundamento para la vida social humana, cuando no existe un modelo, un diseño, una imagen social ideal y probada de la que echemos mano para afrontar con éxito nuestra ignorancia provocada por la incertidumbre acerca de lo que es y lo que debe ser un humano: ¿se puede decir que hay un momento en el que un ser humano ha logrado acabarse o concluirse? ¿ante qué ser humano o seres humanos estamos si se consideran acabados o concluidos?... Estas preguntas son centrales para pensar lo antropológico en lo educativo.

Ese animal inconcluso del que habla Geertz, vino a provocar la reflexión (que en este escrito también invitamos) acerca de las sociedades que se consideran el pináculo de la civilización humana o bien, los verdaderos humanos; es decir, asociar el etnocentrismo como antítesis de este fundamento biológico y sus consecuencias, que será tema que trataremos en otro trabajo.

Continuando con la lectura nos topamos con una capacidad humana más, que nos parece hasta el día de hoy, de lo más distintivo de nuestra especie:

- ...que lo que lo distingue más gráficamente de los no humanos es menos su pura capacidad de aprender... (Geertz, 2003, p.53)

- La gran capacidad de aprender que tiene, su plasticidad, se ha señalado con frecuencia; pero lo que es aún más importante es el hecho de que dependa de manera extrema de cierta clase de aprendizaje: la adquisición de conceptos (estructuras conceptuales), la aprehensión y aplicación de sistemas específicos de significación simbólica. (Geertz, 2003, p.55).

Aprender es una capacidad o característica de todo sistema complejo adaptativo (SCA) (Holland, 2004; Gell-Mann, 2007). Entonces, si el ser humano aprende biológicamente sin que nadie le enseñe ¿por qué llegamos a decirle a un sujeto humano que no aprende o aprende mal o aprende bien? Cuestión que nos lleva de inmediato al mundo educativo; decimos mundo porque consideramos que es un constructo simbólico que orienta la acción social.

Dicha capacidad es abierta, en tanto que le dota de una enorme plasticidad, lo que nos lleva a destacar tanto su contingencia (posibilidad) como su tendencia autoorganizativa (se hace así misma creativamente). De tal manera que, si a eso le sumamos la inconclusión o inacabamiento, estaremos de acuerdo con Amilburu et al. (2018, p. 42) de que el ser humano es “el animal que necesita aprender a ser el que es”.

Y si llevamos más allá esa condición, afirmamos con Paulo Freire que los seres humanos como seres inconclusos pueden ser “conscientes de su inconclusión” (Freire, 1970, p.40), “...se saben inacabados. Tiene conciencia de su inconclusión” (Freire, 1970, p.97).

Así, encontramos la raíz de la educación misma como manifestación exclusivamente humana. “Vale decir, en la inconclusión de los hombres y de la conciencia que de ella tienen. De ahí que sea la educación un quehacer permanente. Permanente debido a la inconclusión de los hombres y del devenir de la realidad” (Freire, 1970, p.97).

Llegamos a la conclusión de que, si asumimos que una condición humana es su indeterminación y consiguiente incertidumbre e ignorancia, la necesidad de aprender y la conciencia de la misma condición hace al ser humano un ser educable. De tal manera que:

- La educabilidad es una capacidad humana que caracteriza al hombre (como razonar, hablar, socializar) como categoría antropológica de primer orden. La educación es posible porque la naturaleza del ser humano es abierta, flexible, dinámica; es una naturaleza dotada de plasticidad biológica e inteligencia creativa. (Amilburu et al., 2018, p.42)

Por tanto, queremos resumir lo descubierto a partir de la lectura de Geertz sobre el equipamiento natural del ser humano, haciendo una caracterización que nos ha llevado no sólo a identificar lo que es un ser humano o bien, lo que nos hace humanos, con toda la problematización que ello implica: filosófica, psicológica, sociológica, pedagógica o antropológica que no trataremos en este breve espacio.

Esa caracterización incluye lo siguiente: indeterminación, incertidumbre, contingencia incompletud-inacabamiento, plasticidad, apertura, búsqueda, conciencia, aprendizaje, creatividad, perfectibilidad, ambigüedad, entre otras. Cada una, algunas mencionadas y otras no en este trabajo, invita a profundizar en sus implicaciones y consecuencias tanto para entender lo humano de los seres humanos como para vislumbrar nuestro actuar ante condiciones y circunstancias cambiantes e imprevisibles.

2. **La cultura como capacidad de respuesta**

Una vez identificada cierta naturaleza humana, que en Geertz se lee en la afirmación: “En suma, somos animales...” (2003, p. 55), procederemos a señalar algunas sentencias que resaltarán la posición del autor con relación al lugar que tiene la cultura en esa naturaleza, por ejemplo:

- ...nos definimos, completamos o terminamos por obra de la cultura, y no por obra de la cultura en general sino por formas en alto grado particulares de ella: la forma dobuana y la forma javanesa, la forma hopi y la forma italiana, la forma de las clases superiores y la de las clases inferiores, la forma académica y la comercial. (Geertz, 2003, p.55)

En primer lugar, destacamos nuestra interpretación de dos funciones que solo a través de la cultura se echan en marcha, primeramente, el de definirnos como humanos (en general, como especie, como unidad) y, en segundo lugar, atender o alcanzar nuestra inconclusión, nuestra incompletud biológica. Aunque nuestro autor sostiene en su ensayo que una perspectiva general de lo humano no es posible, nosotros creemos que sí lo es, de hecho, consideramos que trabajar en ello es un pendiente actual de la misma antropología.

Por lo demás, si estamos de acuerdo que esas funciones se logran hasta cierto punto (porque es inacabable) en lo particular, es decir, en la forma que, a su vez, son versiones de lo humano. Esta última afirmación del autor es la que ha tenido mayor trascendencia a la hora de definir el objeto de estudio de la antropología cultural: la diversidad de la experiencia humana.

Dada la condición humana tensa, conflictiva y en crisis permanente —así caracterizaríamos lo humano a raíz de la descripción antes resumida— una función que advertimos de la cultura se observa en lo siguiente:

- Vivimos... en una brecha de información. Entre lo que nuestro cuerpo nos dice y lo que tenemos que saber, para funcionar hay un vacío que debemos llenar nosotros mismos, y lo llenamos con información (o desinformación) suministrada por nuestra cultura. (Geertz, 2003, p.55) .

De tal manera que la cultura sería un recurso (después de nuestros sentidos biológicos) de información. Esta función fue muy relevante en ese momento en que leíamos esa afirmación, puesto que asistíamos a una definición del término en clave cibernética que nos llevó a estudiar, hasta el día de hoy, un enfoque sistémico (sistemas abiertos, sistemas vivos) que no habíamos vislumbrado en la teoría y método antropológico. Aunque desde luego, no era la intención de Geertz posicionar tal perspectiva. Lo que sí quería sustentar respecto a la cultura como parte del equipamiento biológico humano, lo leíamos en lo que sigue:

- ...si no estuviera dirigida por estructuras culturales —por sistemas organizados de símbolos significativos—, la conducta del hombre sería virtualmente ingobernable, sería un puro caos de actos sin finalidad y de estallidos de emociones, de suerte que su experiencia sería virtualmente amorfa. (Geertz, 2003, p.52).

Un sistema sí, pero de símbolos con su respectivo significado que dan orden a las relaciones sociales humanas. De tal manera que confirmábamos la concepción cibernética de la cultura, tomando en consideración la acepción como ciencia de los controles, del gobierno, de la comunicación... que más adelante leeríamos como tendencia de los sistemas abiertos (vivos) al equilibrio (homeostasis), un equilibrio, por cierto, no estático. Aunque nuestro autor acentuaba más bien lo simbólico como mecanismo que permite orientar la experiencia humana, orientarse en el mundo.

Universo simbólico que nuestro autor diferenciaba de “los esquemas de conducta de los animales naturales y automáticos...” (Geertz, 2003, p.52). Distinción que ha sido muy importante para la comunidad antropológica: lo innato, lo heredado genéticamente, lo instintivo frente a lo adquirido, aprendido, construido-creado (a través de significados y sentidos atribuidos).

Quién iba a imaginarse que 53 años después, en un mundo de inteligencia artificial y transhumanismo, la distinción fuera a ser tan relevante, si no es que necesaria.

Siguiendo la lectura, arribaríamos a una conceptualización de la cultura como “la totalidad acumulada de esos esquemas o estructuras, no es sólo un ornamento de la existencia humana, sino que es una condición esencial de ella” (Geertz, 2003, p.52), “... modela la conducta social y símbolos significativos...” (Geertz, 2003, p.53). Una verdadera fuente de información para la acción humana en sociedad.

De vuelta a los intereses del autor en el ensayo, hay una proposición que ha marcado nuestra formación antropológica, y que elabora de la siguiente manera:

- La frontera entre lo que está innatamente controlado y lo que está culturalmente controlado en la conducta humana es una línea mal definida y fluctuante.
- ...algunas cosas están por entero intrínsecamente controladas: no necesitamos guía cultural para aprender a respirar...otras son casi seguramente culturales: no se nos ocurre explicar sobre una base genética por qué algunos hombres confían en la planificación centralizada y otros en el libre mercado...Casi toda conducta humana compleja es desde luego producto de la interacción de ambas esferas (biológica y cultural).

- No existe naturaleza humana independientemente de la cultura... Sin hombres no hay cultura, por cierto, pero igualmente, y esto es más significativo, sin cultura no hay hombres. (Geertz, 2003, pp. 55-56).

Nos referimos al principio de que la cultura es lo más natural del ser humano en tanto que lo natural es lo más culturizado por los seres humanos. Rompiendo así, con el principio culturalista que separa lo biológico de lo cultural. Proposición que invita por sí misma a adoptar un paradigma científico interdisciplinario, estructural sistémico o complejo. Paradigma que creemos, aún se encuentra en su fase emergente en nuestros entornos académicos universitarios.

La radicalidad de su proposición se puede ejemplificar cuando afirma:

- Nuestras ideas, nuestros valores, nuestros actos y hasta nuestras emociones son, lo mismo que nuestro propio sistema nervioso, productos culturales, productos elaborados partiendo ciertamente de nuestras tendencias, facultades y disposiciones con que nacimos, pero ello no obstante productos elaborados. (Geertz, 2003, p.56)
-

Su propuesta de una concepción sintética va de la mano con una sugerencia para lograrla:

- ...reemplazar la concepción “estratigráfica” de las relaciones que guardan entre sí los varios aspectos de la existencia humana por una concepción sintética, es decir, una concepción en la cual factores biológicos, psicológicos, sociológicos y culturales puedan tratarse como variables dentro de sistemas unitarios de análisis. (Geertz, 2003, p.51).

Para esa integración que nos permita llegar a “una imagen más exacta del hombre”, Geertz propone dos ideas (no enteramente nuevas):

- La primera es la de que la cultura se comprende mejor no como complejos de esquemas concretos de conducta...sino como una serie de mecanismos de control...que gobiernan la conducta.
 - La segunda es la de que el hombre es precisamente el animal que más depende de esos mecanismos de control extragenéticos, que están fuera de su piel, de esos programas culturales para ordenar su conducta (Geertz, 2003, p.51).
-

Biología y antropología como campos de conocimiento (hoy deberíamos incluir la tecnología), y naturaleza y cultura como fenómenos (objeto, problema) de estudio científico, integrados para obtener una perspectiva más amplia de lo que es ser humano y sus implicaciones, creemos que sigue siendo un pendiente, basta con observar cómo los adelantos tecnológicos van muy por delante de nuestra capacidad académica de entenderlos y de orientar su lugar en el mejoramiento de las condiciones de vida de todos.

3. El problema de la cultura ¿Contradicción y paradoja?

Pero Geertz en ese breve ensayo, va más allá de proponer una visión integral de la cultura, nos presenta, lo que entendemos nosotros como problemas ontológicos de ese fenómeno a la vez biológico y a la vez humano. Por ejemplo, sostiene que es:

- ...difícil trazar una línea entre lo que es natural, universal y constante en el hombre y lo que es convencional, local y variable... trazar semejante línea es falsear la situación humana o por lo menos representarla seriamente mal. (Geertz, 2003, p. 45).

Eso de delimitar, de poner fronteras o de establecer claras demarcaciones no va con él. Y se entiende precisamente por la naturaleza humana que, además de la caracterización presentada más arriba, hay que agregarle dos cualidades más, la paradoja y la contradicción, que por lo menos para una cosmovisión dicotómica, determinista y mecanicista así se percibe, como resultado de su sentido común.

Quienes hemos estudiado antropología cultural o social asistimos a un concepto de cultura como atributo que es al mismo tiempo general y particular. Natural y convencional, constante y variable como dice la cita anterior. Afrontar esa paradoja o contradicción asumiendo que son las dos, en lugar de inclinarse por una por sobre la otra y viceversa, ha sido una lección muy importante en nuestra formación científica-académica, en tanto que un interesante reto trabajar con semejante premisa en nuestro ejercicio profesional con colegas, personas y asociaciones diversas a quienes les resulta absurda o imposible.

Geertz propone, como podríamos esperar, abandonar la postura dicotómica al afirmar que es:

- Peligroso si uno descarta la idea de que el Hombre con “H” mayúscula ha de buscarse detrás o más allá o debajo de sus costumbres y se la reemplaza por la idea de que el hombre, con minúscula, ha de buscarse “en” ellas, corre uno el peligro de perder al hombre enteramente de vista. (Geertz, 2003, p. 45).

Ese hombre con H mayúscula y en singular, como sustantivo, frente a los hombres con minúscula y en plural, nos llevó a profundizar en la distinción complementaria de Cultura y culturas siguiendo argumentaciones acerca de que:

- ...la antropología intenta orientarse hacia un concepto más viable de hombre, un concepto en el que la cultura y la variedad de la cultura se tuvieran en cuenta en lugar de ser consideradas como caprichos y prejuicios, y al mismo tiempo un concepto en el que sin embargo no quedara convertida en una frase vacía “la unidad básica de la humanidad” ...naturaleza humana unitaria...la humanidad es variada en su esencia como lo es en sus expresiones. (Geertz, 2003, p.45).

¿Somos uno o muchos? ¿hay unidad en la diversidad? ¿debemos voltear sólo a la diversidad o sólo a la unicidad? Han sido preguntas que, entre otras, ha moldeado la acción antropológica tanto en la academia como en la vida profesional, y no se diga, a la hora de tomar postura frente a situaciones humanas críticas,

como es el caso de si debemos asumir y comprometernos con la Declaración Universal de los Derechos Humanos (ONU, 1958) o bien, cuestionarlos asumiendo un relativismo cultural nihilista.

Y hablando de relativismo cultural, Geertz invita a pensar otra problemática (ontológica, epistemológica, metodológica y ética) de la cultura, a saber, el determinismo frente al relativismo:

- Determinismos que estuvieron presentes...estas dos aberraciones: una marchando bajo la bandera del relativismo cultural, la otra bajo la bandera de la evolución cultural...En lugar de buscar universales o particularismos culturales que nos llevan a las generalidades esenciales o a un relativismo inoperante...hay que... buscar relaciones sistemáticas entre diversos fenómenos (no identidades sustantivas entre fenómenos similares). (Geertz, 2003, p.46).

Otra paradoja-contradicción de la cultura, es la ya expuesta más arriba, entre lo natural y lo cultural. La cultura es el fenómeno más natural del ser humano, de hecho, es su tendencia social. Otras como: individual-social, simbólico-adaptante, implícito-explicito, dinámico-constante, dado-aprendido; que no desarrollaremos en este escrito, pero invitamos a identificarlas para discutir las y analizar su uso científico y práctico.

Finalmente, queremos recordar que la lectura de este ensayo nos llevó a una visión más integral tanto de la cultura misma como del ser humano. Entendemos por qué Geertz asume que un concepto de cultura que no deje fuera lo biológico tiene un impacto directo en el concepto mismo de hombre (ser humano o persona humana):

- Cuando se la concibe como una serie de dispositivos simbólicos para controlar la conducta, como una serie de fuentes extrasomáticas de información, la cultura suministra el vehículo entre lo que los hombres son intrínsecamente capaces de llegar a ser y lo que realmente llegan a ser uno por uno. (Geertz, 2003, p.57).

Ser humano entonces es una búsqueda, que llevamos a cabo “guiados por esquemas culturales, por sistemas de significación históricamente creados en virtud de los cuales formamos, ordenamos, sustentamos y dirigimos nuestras vidas” (p.57). Principio que ha tenido enorme resonancia en el problema de la educación, entendida como acción social (intencional) de formación de individuos humanos o de humanización de personas humanas.

Lo que nos ha aportado Geertz para el trabajo de una antropología de la educación y de la escuela ha sido muy grande, sin embargo, quedará para otro momento desarrollar ese impacto en nosotros.

Conclusiones

Leer a Clifford Geertz en general y este ensayo en particular, fue y aún sigue siendo una excelente posibilidad de reflexión y discusión científica y práctica. Podemos decir, que ha sido un encuentro con un clásico (Palerm, 1974), nuestro contemporáneo porque lo que dijo en su momento, hoy nos orienta para problematizar el mundo que se nos presenta.

En el caso de este ensayo, nos planteó posibilidades de observar y procesar nuestro objeto de estudio antropológico junto con quien lo produce y transforma constantemente, el ser humano en sociedad. Al mismo tiempo, nos propuso una vía para hacerlo, se trata de aplicar una visión menos simplista (determinista-mecanicista) y más compleja (integral-sistémica), para ello hay entendimos que hay que empezar por aplicar esta cosmovisión científica (paradigma) a ese objeto que es la cultura.

Aunque solo ofrece integrarla como fenómeno biológico, ya que deja de lado, la psique, la trascendencia filosófica, entre otras, nos resultó suficiente para reflexionar críticamente sobre nuestros propios discursos de la antropología y la cultura, para a partir de ello, afrontar nuestro trabajo profesional aplicado en ámbitos no antropológicos (que no desarrollamos) como la educación.

Finalmente llegar a sostener que hay una naturaleza humana, que ésta configura lo que es ser humano, y con ello, sus implicaciones, ha sido una invitación que hemos aceptado a lo largo de los últimos 23 años en nuestra búsqueda antropológica.

Referencias

- Holland, John H. (2004 orig. 1996). El orden oculto. De cómo la adaptación crea la complejidad. Fondo de Cultura Económica.
- García Amilburu, María (2009). Aprendiendo a ser humanos. Una antropología de la educación. EUNSA Astrolabio.
- García Amilburu, María, Bernal, Aurora y González, Ma. Del Rosario (2018). Antropología de la educación. La especie educable. Editorial Síntesis
- Gell-Mann, Murray (2007 orig. 1994). El quark y el jaguar. Aventuras en lo simple y lo complejo. Tusquets Editores.
- Freire, Paulo (2005 original 1968). Pedagogía del oprimido. Siglo veintiuno editores. México.
- Geertz, Clifford (2003 original 1973). “El impacto del concepto de cultura en el concepto de hombre” en La interpretación de las culturas. Gedisa editorial.
- Palerm, Ángel (1974). Historia de la etnología 1. Los precursores. Alhambra Universidad.